

milia, porque ésta venia á ser para él el cielo y la tierra." Cuando se estudia esto con detenimiento, se encuentra en el fondo de este amor por la familia la causa de la estabilidad de Roma y de la grandeza de los primitivos romanos. El error representaba la verdad, y con solo representarla, producía tan grandes bienes. Lo que era en la antigüedad pagana una ficcion ingeniosa y un mito consolador, es en el cristianismo la realidad mas grande y la verdad mas palpable. Los cristianos tenemos un verdadero Dios que cuida del hogar doméstico, y es Jesucristo; él es el Dios de la familia cristiana.

Podríamos demostrar fácilmente que el alma de los antepasados se comunica con el alma de los hijos por Jesucristo y en Jesucristo, y que todas las generaciones se unen por medio de él en la familia cristiana á todas las paternidades, porque él es la cadena divina que enlaza en el cristianismo á todas las generaciones unas con otras. Por separadas que estén por los siglos, guardan en él y por él la misma ley, la misma doctrina, la misma adoracion, el mismo amor y la misma vida; él es la herencia de todos y de cada uno; la familia cristiana es la tradicion de Jesucristo en los siglos. Pero lo que sobre todo queremos demostrar, aun cuando solo hagamos referencia á la generacion presente, es que Jesucristo es el poder que protege la familia cristiana, el lazo que la une y el escudo que la defiende; su amor es la fuerza que mantiene unidos todos los miembros, é impide que se separen, se quiebren y se disuelvan.

En el órden natural existe un amor puro que la Providencia hace brotar en el corazon de los padres,

de las madres y de los hijos, y este amor constituye la salvaguardia natural de toda la familia. El estado actual de nuestra civilizacion ha hecho penetrar en el hogar doméstico algunas causas disolventes, y la familia, para conservar su union, debe buscar su fuerza y su punto de apoyo en un amor superior á la naturaleza y á la humanidad. El amor de Jesucristo es el que constituye esta fuerza de la familia cristiana; y este amor que hemos visto en el centro de la vida individual, así como en el centro de la vida social, lo encuentro por fortuna mia aquí, en el centro de la vida doméstica, para ligar á todos los miembros de la familia cristiana en una unidad y fuerza invencibles.

Este amor efectúa en bien de la fuerza y defensa de la familia cristiana tres milagros, que vienen á ser uno solo, y cuya explicacion daría materia suficiente para todo un discurso.

Lo que asegura y afirma de una manera divina la union de los esposos, es precisamente este amor. ¡Dichosos los que al acercarse al altar para dar á su union un lazo sagrado, depositan su mutuo juramento en el corazon de Jesucristo! Solo este corazon es capaz de llevar, sin flaquear un solo instante, todo el peso de este juramento; solo él por lo menos es capaz de garantizar su inviolable fidelidad. Cuando este amor no es mas que humano, está sujeto á enfermedades que nada puede curar; á su pasion pasajera sigue una frialdad irresistible. El ardor con que se manifiesta, no es sino el prelude de largos años de indiferencia. Semejante á un árbol precoz, que florece arrogante en la primavera, sufre el ímpetu del viento que le arranca una á una todas sus hojas, y le deja desnudo de ramas des-

pues del otoño, para que pase el triste invierno de la vida, al cual no seguirá una nueva primavera. Este amor, que se supone tan puro, tan sincero y desinteresado cuando brota, está sujeto como todo lo terrestre, al imperio del tiempo: también envejece como el corazón del hombre; y cuando los años pesan sobre él, le roban con el encanto de los primeros días, una parte del cariño que lo engendró. Cuando el amor de los esposos se apoya verdaderamente en el amor de Jesucristo, halla en él una fuerza perpetua que le rejuvenece; y enlazados ambos en el corazón de Jesucristo, caminan hacia la eternidad por el verdadero camino. Por esto no muere el amor de los esposos cuando se apoya en el corazón de Jesucristo, sino que en vez de llegar á la senectud como todo lo humano, alcanza la belleza transfigurada y empieza la vida de la eternidad.

Ah, señores, ese matrimonio cristiano, que guarda hasta el fin de los días mucho de la dulzura y serenidad que los esposos sintieron al unirse, solo lo he hallado en la religion católica y bajo las bendiciones de nuestra santa madre la Iglesia. Yo he visto á esos esposos cristianos, cuyos corazones se habian enlazado con doble nudo, así por el afecto natural como por el amor profundo que viene de Jesucristo. Los años pasan sin impedir la dicha de su union; solo la juventud y esa efervescencia de los primeros años tienen la variacion precisa; mas del amor nace una felicidad tranquila, y los afectos son mas delicados al aproximarse el momento de entrar á la eternidad y de gozar la vista de Dios. Iguales á esos licores sabrosos que el tiempo hace mas estimables aún, esos amores pu-

rificados y que se rejuvenecen sin cesar en el corazón de Jesucristo, son en los últimos días de la vida, como un anuncio de la caridad eterna, como un presentimiento de la felicidad que en el cielo se goza.

Este amor de Jesucristo, que es el lazo de union de los dos esposos, les une también á los hijos salidos de ellos y al hogar que les abriga con una fuerza que no es hija solamente de la naturaleza. Desde el momento en que se han unido dos corazones bajo la salvaguardia de la Iglesia y á los ojos de Dios en el corazón de Jesucristo; desde el instante en que los dos esposos han estrechado esos lazos con el nacimiento de un niño que les ha venido de Dios como una bendicion de su casa y un nuevo nudo de su union sincera; desde que comprendiendo todo el bien que han recibido de Dios, han dirigido los ojos al cielo exclamando: "Oh Dios mio, tú nos le has dado y debemos devolvértelo, porque conocemos nuestro ministerio y nuestra vocacion; queremos que su corazón sea un tabernáculo donde habite vuestro amor, su rostro un espejo donde refleje toda vuestra bondad, y su ser todo entero, un templo que os guarde." Entonces gozan esos dos corazones, dichosos de verse reproducidos en una posteridad bendita, de una manera inesplicable, porque esa cuna aumenta la union y la estabilidad de la familia. No hay duda que el espíritu religioso causa este prodigio; porque encontrando los esposos en el hogar doméstico una felicidad que no pueden hallar fuera de él, se consagran completamente á su mutuo bien y procuran únicamente hacerse dichosos. Su union, que ha recibido las bendiciones del cielo, halla la debida recompensa, y el hogar do-

méstico se convierte para los esposos en un Thabor; en él viven contentos y tranquilos: “; vivamos aquí, se dicen el uno al otro, sin separarnos y junto á nuestros hijos; vivamos aquí en el santo temor de Dios, cuya divina proteccion hace de nuestra casa una especie de paraíso terrestre!” ; Qué les importan ya á estos esposos los placeres mundanos, si son tan felices bajo el hogar doméstico? Esos placeres no son sino apariencias de felicidad, creadas por Satanás para los que buscan fuera de la familia la dicha que no gozan en ella. Para los que viven cristianamente, el hogar doméstico encierra todos los placeres y todos los goces; y si algun día las amarguras penetran en la familia, van revestidas de cierto encanto que las hace mas agradables para los que viven como cristianos, que todos los placeres prometidos por un mundo que nada tiene de cristiano.

Todavía hay en la familia un afecto mas difícil de conservar que el amor que profesan los padres á sus hijos y al hogar doméstico, y es el amor que deben tener los hijos por los padres, el deseo de vivir con ellos y hacerles felices. Esta es la primera y mayor necesidad de los hijos bien educados. Vivir con sus padres y con sus hermanos, aumentar su dicha y su felicidad viviendo con ellos es un placer sin igual en la tierra; placer que por desgracia de la humanidad huye todos los días mas y mas de los hombres en los tiempos presentes. Hay en nuestra época una tendencia que sume en el dolor á muchas madres y que viene á ser un gran mal para la sociedad: esta tendencia es la que domina especialmente á nuestra juventud, que tiene poco apego á la familia. Este fenómeno

proviene de causas diversas que no podemos citar aquí, pero es desconsolador. Los jóvenes se fastidian junto á sus padres y no son bastantes las caricias de una madre para conservarlos á su lado. Los muros de la casa paterna les son pesados como si fueran los de un calabozo. Su corazón no está allí, ya no sienten todo aquello que nos une al hogar doméstico, y es el cariño al padre, á la madre, á los hermanos, á los goces y fiestas de familia. ; Sabeis á qué dan vuestros hijos la preferencia? A los teatros, á los bailes, á los clubs, al juego y al vicio; todo les gusta menos vivir con vosotros y hacerlos felices. No parece sino que como el hijo pródigo desean alejarse de la casa paterna para procurarse lejos de ella una dicha egoísta de la cual gozarán sin hacerlos partícipes de ella.

; De dónde nace entre la juventud esa disminucion del amor filial que en otros tiempos la unia tan íntimamente con la familia? Nace de sus costumbres poco cristianas, del poco amor que profesan por Jesucristo. La juventud contemporánea ha cegado en su corazón el manantial divino de amor del cual brotaban todos sus goces con el cumplimiento de sus deberes. Queriendo libertarse de esa esclavitud, que solo la sujetaba para que fuese verdaderamente libre, quiere libertarse á un tiempo mismo del yugo paterno y del yugo divino; los sentimientos de la naturaleza son impotentes para sujetarla voluntariamente al hogar doméstico. Si en alguna parte habeis visto á un joven que pudiera considerarse como verdadero tipo del amor filial; que á los diez y seis ó veinte años viera la casa paterna como un paraíso terrestre; para quien la bendición de su padre, las caricias de su ma-

dre y la compañía de sus hermanas fuesen el mayor goce; que no haya hablado una sola vez de la independencia del hombre; ni de los derechos del hombre ni manifestado el mas leve sentimiento de egoismo; que se enterneciera con cuanto afectara á sus padres ó á sus hermanos, que llorase de gozo al verlos dichosos, ó de tristeza al contemplarlos desdichados; si habeis visto á un jóven como el que acabo de describir que esparciese á su alrededor la alegría de su corazon como una flor sus aromas, habeis encontrado en él al hijo bendecido, á Jesucristo en un jóven, porque este jóven es el retrato de Jesucristo, á quien imita de un modo perfecto y al cual lleva grabado en el corazon.

Ya veis, señores, que Jesucristo es el nudo divino que une á la familia humana con lazos indisolubles; su corazon es el centro comun en que descansan el padre, la madre y los hijos; las raices que en él crian están tan íntimamente enlazadas con las raices de su amor, que en vano se esforzará la naturaleza por desarraigarlas, porque todos esos corazones esclamarán juntamente: ¡Quién nos arrancará de la caridad de Jesucristo? ¡Quién separará al esposo de la esposa ó al padre de los hijos? Nada podrá romper esta unidad de la familia fundada en Jesucristo, que es su vida y su modelo; la vida que le da el sér, el modelo que la forma, y el escudo que la defiende; no, nada podrá romper unos lazos que están defendidos por la fuerza del mismo Dios.

No solo es Jesucristo la vida y el modelo de la familia cristiana, sino que es tambien su apoyo y su defensa; y puesto que la familia constituye la fuerza de

la sociedad y el amor del hogar doméstico, es tambien el verdadero manantial del amor patrio. ¡No podemos, pues, sentar como conclusion de nuestros dos discursos anteriores, que prueban que Jesucristo es el apoyo de la sociedad y de la familia, que el mismo Dios que protege el hogar doméstico es la fuente principal del patriotismo?

Si fuere necesario apelar á un testimonio para probar que al incorporarse Dios en la familia da á la patria una unidad incomparable, y desarrolla en ella un patriotismo imperecedero, no haria sino pronunciar dos nombres que se han hecho célebres por un patriotismo y un cristianismo que han resistido juntos y el uno por el otro la triple corona del martirio, del destierro y de la constancia en la desgracia, no haria mas que nombrar á la Irlanda y á la Polonia. En una y otra parte ha sido impotente el despotismo cismático para dominar la tenacidad católica; la dominacion extranjera no ha podido extinguir en ninguna de estas dos naciones el patriotismo que respira en los corazones de sus habitantes. La Irlanda y la Polonia, hermanas por la religion y la fe como por la desgracia y la persecucion, demuestran todavia al mundo, que es testigo de tanto oprobio y de tanta cobardía, lo que hace Jesucristo por la familia cristiana, por la honra de las razas, por la fuerza de las naciones y por la inmortalidad de su patriotismo.<sup>1</sup>

Señores, he pronunciado el nombre de Polonia; y puesto que este nombre tan grato á todo corazon católico y frances ha brotado espontáneamente de mis

<sup>1</sup> Las palabras que siguen fueron añadidas al discurso para interesar al auditorio en favor de los polacos enfermos.

labios y de mi corazón, como un testigo de la verdad y una confirmación de mi discurso, os ruego que no se reduzca á un recuerdo de gloria para ella, sino que se convierta en un bien para sus hijos. Permitidme, antes de bajar de esta cátedra, que os tienda la mano en favor de los desgraciados y queridos proscritos que nos dan un ejemplo poco común de ese patriotismo que está arraigado en el corazón humano por dos raíces sembradas una en el cielo y otra en la tierra, que son el amor de Jesucristo y el amor de la familia. La Francia es para los polacos una nueva patria, y esto constituye una gloria para nuestro país; porque tener una patria común, es admitir bajo una misma paternidad á nuevos hermanos, á los cuales se hace participar de nuestros bienes y de nuestro cariño. Hermanos de la Francia, dad una parte de lo que teneis para vuestros hermanos de la Polonia; y así como ellos os enseñan con su desgracia á conservar con el cristianismo el amor de la patria, mostradles vosotros con vuestra caridad que al cristianismo deben el consuelo en su desdicha.

## DISCURSO NOVENO.

### DECADENCIA DE LA FAMILIA EN NUESTRO SIGLO.

Señores: Así como Jesucristo es en el centro del hombre el autor de todo progreso individual, y en el centro de la sociedad autor de todo progreso social, en el centro de la familia es causa de todo progreso doméstico. Es el principio vital de la familia cristiana que él forma, pues por medio de los sacramentos desarrolla en ella todos los elementos de vida. Es el modelo de la familia cristiana que eleva, imprimiendo en ella con su efigie el sello de su grandeza; es su apoyo, porque la cubre con su amor que le sirve de escudo. La obra maestra, efectuada por Dios por medio del cristianismo, la podemos contemplar en la familia que está hecha según el modelo de Jesucristo, á imagen suya y que se abriga en el regazo de su amor, es decir, en la familia que nos presenta la vida, la hermosura y la fuerza divinas. ¡Oh familia cristiana, santuario de mi Dios! yo te contemplo estasiado y te saludo cariñosamente con mi corazón de hombre y mi alma de apóstol. Nada hay más bello, más sublime y más divino que esta imagen de Jesucristo represen-